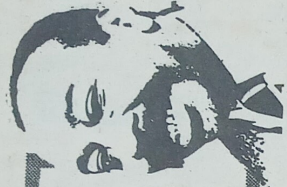


La Páginina de NIGOMEDES



¡Agua pa' la Caballada...!

Estoy totalmente de acuerdo con la medida adoptada (no sé si por la Municipichaci de Lima o por la Prefectura) prohibiendo el juego con agua en estos domingos de Carnaval. Ya imagino que algún lector gracioso y racista aludirá mi alegría a la supuesta alegría que mi raza le tiene al agua. Prejuicio fundado en discutibles estadísticas deportivas: Los negros somos campeones de velocidad, imbatibles en el ring, estrellas en el fútbol, "trotamundos" en el básquetbol; pero nulos en natación; pues hasta ahora no ha caído un negro en una piletta ni empujado. Sin embargo, los negros, zambos y mulattos fuimos bravos en el juego con agua a baldazo (caso digo a baldazo "limpio") en la Lima de antaño.

Cuando la gruesa de globitos costaba ochenta cobres y los caños del callejón soltaban su chorro de agua con potencia caballuna, daba gusto vernos jugar Carnavales.

Había mozos que se pertrechaban de globos bajo la camisa, rodeándose la cintura como canama. Y los arrojaban con una puntería que ya envidiarían los mismos lanzadores de granadas de esa interminable serie televisanqui "Combate". Bastaba una ventanilla entrecerrada en el segundo o tercer piso de un edificio antiguo (calcule cinco pisos de los modernos) para que desde la acera opuesta lanzaran un globo de agua, procurando que al pasar por la ventanilla de la sala pegara en la pared del comedor, rebotara en la mesa y fuera a reventar en la espalda de la Rosaura, que estaba en la cocina preparando un cebiche de bonito (Esa era puntería! ... Ah, pero la cosa no quedaba allí. La Rosaura, hipócrita y coquetona, se asomaba al balcón e invitaba a subir a la canalla "pa picar un cebichito de mis manos". Los muy tontos subíamos

pero no bien trasponía la puerta el último de la patota la trancaban y entre todas las mujeres de la casa nos hacían un carcamontón que no dejaba seca ni la Electoral. Después, la Rosaura escurría el agua caída en la fuente de cebiche y cumplía con su invitación inicial. Pero nosotros estábamos picones y queríamos desquitte. De pronto, dos de los nuestros cargaban con una zamba a la tina. Por supuesto que el cargado iba con todo, que para manoseo, traición y venganza los carnavales se pintan solos.

Al morir la tarde, empezaba el trapeo del piso y la secada espolvoreando aserrín. Último cambio de ropa seca, pisco para evitar la pulmonía... y a jaranear a toda pala:

**"Vuelan las mariposas por los prados
Para siempre quedarán aguras.
con las alas abiertas contra el muro" ...**

Guitarras, voces, palmas y cinturas enlazadas... De pronto, el negro que no le corrió al baldazo a boquejarlo, el negro que aguantó a pie firme la acometida de cinco zambas fieras, soltaba la guitarra y palidecía de espanto, porque si a algo le tuvimos miedo los negros no fue al agua, se equivocan los que así piensen, nuestro cuco, nuestro azote fue aquella inocente y cariñosa pintada con ITALCO! ...

¡HARINA! ... ¡POLVOS! ... Sí, muchos nos fuimos de la mejor fiesta en el momento en que empezaba la enharinada. No fue lo grotesco de un rostro pintado. No el peligro de harina en la vista. Creo que nuestro odio al blanquísimo taico fue el primer asomo de reairmación en la Negritud, sí, el

orgullo de nuestra negra piel mancillada por polvos blanquicos. Orgullo de raza varias décadas anterioral movimiento que con el nombre de "Negritud" gestaron más tarde Aimé Césaire y Leopold Sédar Senghor.

**"Aunque soy morenito/ no ruego a naidés,
a robar corazones/ salgo a las**

Desde hace unos años, en vista que el antiguo calendario peruano observaba trescientos días festivos y sólo sesentificino laborables; el gobierno decretó que la celebración de los carnavales estuviera limitada a los cuatro domingos del mes de febrero, más los bailes sabatinos en Centros Sociales. Así tuvimos que, en vez de los tradicionales domingo, lunes y martes de carnaval —más miercoles de ceniza—, la pachanga era cuatro fines de semana. Es decir, cuatro ciclos apocalípticos con su inefable saldo cruento y luctuoso, forjado por verdaderos salvajitos que eran (y fueron) capaces de echar un baldazo de lodo a un motociclista embalado, a un ómnibus de pasajeros y a un anciano, como a un enfermo, a un pacífico transeúnte o a la propia autora de sus días... Insisto, no sé si la medida viene de la Prefectura o de la Municipichaci de Lima, pero la aplaudo... ¡por higiénica!

Domingo, lunes y martes todo se vuelve sonrisa. Lo triste viene después el Miercoles de Ceniza.

